Exilium Tremens de Jorge Cancino, ediciones Omelic, 1991.
© Jorge Cancino

El viejo almacén

Imitando a un helicóptero el diptero con sus ojos desorbitados, levantó el vuelo batiendo las alas transparentes cargadas de nervios en el preciso instante en que llegó la policía y puso manos arriba al gato Pepe por intentar robarse el pedazo de queso Roquefort oculto en el interior de la quesera de vidrio ordinario fabricada para pobres par Cristalerías Yungay. Al domestico digitígrado, lo esposaron y se lo llevaron a la seccional 35 a pesar de alegar airadamente su inocencia en el asunto.

La mosca, espero a que todo estuviese tranquilo para volar rauda hasta la quesera. Ahora, el queso sería todo de ella y nadie la molestaría. Pero, el queso no estaba solo y los gusanos que vivían en él salieron al enfrentamiento con decisión tal, que en cinco minutos escasos se comieron a la mosca.

Un viejo gato romano que observaba desde lejos el acontecimiento ocurrido en el Viejo Almacén, pensó para sí; que el tiempo otorgado a los mortales no es infinito, de manera que es necesario evitar banalidades como eso de pelearse par un miserable pedazo de queso Roquefort.

La Póliza

La cucaracha recorrió nerviosamente de norte a sur de este a oeste la extensa superficie de mi escritorio construído en pino oregón macizo. El ortóptero se detuvo exactamente

frente a la punta de mi lápiz. Observó un instante. Pensé que era un masticador nocturno. Grave error; el hambre no tiene horario. Y sin darme cuenta siquiera, perdí el Faber HB-3 y mi mano dereeha, la cual por complejos ideologicos no estaba asegurada en Sun Life alguna. Solo protegí a la izquierda con una póliza de la Modesty Insurance Policy. Pero, como jamás practiqué la ambidiestra, la siniestra actuó tardíamente, y la cucaracha se perdió en el mediodía soleado que pasaba por la ventana frente a mi viejo escritorio adquirido en L'Armée du Salut.